Extracto de Al alba te buscaré.

La escuela de la oración

Cario Maria Martini

Cardenal Arzobispo de Milán

EDITORIAL VERBO DIVINO

Avda. de Pamplona, 41

31200 ESTELLA (Navarra) España

1991

Parte primera

La oración

Teoría y profecía

La oración

La oración es algo sumamente sencillo, algo que nace de la boca y del corazón del niño. Es la respuesta inmediata que nos sale del corazón cuando nos ponemos frente a la verdad de la existencia.

Esto puede suceder de muchas maneras, quizá de formas diversas en cada uno: para unos puede ser una excursión a la montaña, un momento de soledad en el bosque, escuchar una música que nos hace olvidar un poco la realidad inmediata, que nos saca un instante de nosotros mismos. Son, éstos, momentos de la verdad de la existencia, en los que nos hallamos un poco arrastrados fuera de la esclavitud de las cosas que nos reclaman continuamente. Hacemos un respiro más hondo que de costumbre, percibimos que algo se mueve dentro, y, entonces, —en esos momentos de gracia natural, plenos de felicidad, en que nos sentimos realmente nosotros mismos— es muy fácil, casi instintivo, que surja una oración: "¡Gracias, Dios mío!", "¡qué grande eres, Señor!"

Creo que cada uno de nosotros ha podido experimentar en su propia vida alguno de estos momentos. Quizá, en una serie de circunstancias felices se ha visto obligado a manifestar este reconocimiento de Dios, sacándolo del fondo del propio ser: es la oración natural, la oración desde la vida.

Toda nuestra oración, toda nuestra educación para la oración parte de este principio: el hombre que vive a fondo la autenticidad de la propia experiencia siente inmediata, instintivamente, la exigencia de expresarse por medio de una oración de alabanza, de acción de gracias, de ofrenda o de entrega.

Además de este aspecto de la oración desde la vida, se ha de tener en cuenta otra circunstancia: la oración del ser cristiano. Esta no es simplemente la respuesta a la realidad del ser que me envuelve o a la sensación de autenticidad que experimento dentro de mí, sino que es el Espíritu que ora en mí.

El texto fundamental al que debemos hacer referencia es la Carta a los Romanos, segunda parte del capítulo 8:El Espíritu ora en nosotros (Rm 8, 14-27).

Por tanto, se han de tener presentes estas dos verdades: "De la boca de los niños y de los lactantes te hiciste, Señor, una alabanza". Por lo mismo, la oración es una realidad simplicísima, que brota cuando se han puesto las premisas justas; cuando la persona —el niño, el muchacho, el adolescente— se pone de verdad y a su manera frente a la realidad del ser, a la verdad del ser, en situaciones particularmente felices de distensión, de calma y de serenidad. A esta verdad le sigue otra: no somos nosotros como cristianos los que oramos; es el Espíritu el que ora en nosotros.

Educación para la oración

La educación para la oración consiste, pues, en el intento de favorecer esas condiciones que ponen a la persona en estado de autenticidad, o en buscar dentro de nosotros mismos la voz del Espíritu que ora, para darle espacio y voz.

Sin esta premisa no hay oración cristiana: es el Espíritu el que ora dentro de nosotros. Y ésta es la característica propia, típica, de la oración cristiana.

Recuerdo que uno de los más grandes exegetas de san Juan, el padre Mollat, se preguntaba un día qué era lo característico de la oración cristiana, a diferencia de los tipos de oración de todas las demás religiones, de todas las oraciones naturales que el hombre puede hacer.

La respuesta que daba era la del capítulo 4 del Evangelio de Juan: "La oración en espíritu y en verdad". Según el lenguaje joaneo, verdad significa: Dios Padre que se revela en Cristo. He aquí el núcleo de lo que caracteriza la oración cristiana, de lo que la distingue de la oración, aunque sea altísima, de otras religiones. Podríamos hablar extensamente de las oraciones de todas las religiones e incluso aportar muchos aspectos de esta elevación del hombre hacia Dios, pero lo específico de la oración cristiana consiste en ser un don directo de Dios, que nos envía el Espíritu, que nos da la posibilidad de orar en verdad, es decir, en la revelación que el Padre hace de sí mismo en Jesús.

Es lo que la liturgia actualiza cuando, en la conclusión de toda oración, pronuncia la fórmula: "Por Cristo nuestro Señor, en unidad con el Espíritu Santo".

Es ésta la oración en que hemos de educarnos. No estaremos ciertamente educados en la oración si solamente nos limitamos a suscitar sentimientos de alabanza, de admiración, reconocimiento o súplica, y si no hemos asimilado esta realidad dentro del ritmo del Espíritu que ora en nosotros.

Entrada en la oración

Quizá es éste uno de los casos en que nos equivocamos más fácilmente. Con frecuencia creemos que lo importante es comenzar a orar de cualquier modo, aunque sea con la señal de la cruz; así, la gente... se pone un poco en orden. Es una manera equivocada de entrar en la experiencia del diálogo con Dios, porque equivale a lanzarse imprudentemente a la aventura de la oración sin estar previamente preparados.

Es ésta, sin duda, una de las causas por las que la oración se nos hace más difícil: no hemos puesto previamente una entrada, un ingreso. Así como en nuestras iglesias hay un pronaos o pórtico, un momento de separación, de la misma manera en toda nuestra oración —sobre todo si es prolongada— es necesario anteponer un momento particular, un momento de silencio absoluto.

Debemos también ayudar a los niños a hacer un instante de silencio absoluto del cual puedan partir para entrar en la oración. Diría que todavía hay algo más: llamaría a este momento de entrada casi una forma de puesta a cero: poner a cero nuestra fantasía, nuestro mismo ser, como se pone a cero un cuentakilómetros.

¿Qué significa esto? A mi juicio, es sumamente importante comenzar a orar no sólo con un momento de silencio, de pausa, de respiración, sino con el claro reconocimiento de que no somos capaces de orar: "Señor, eres tú el que ora en mí. No sé por dónde comenzar; que me guíe tu Espíritu".

Es necesario quitar del diálogo con Dios toda presunción, todo lo que creemos haber aprendido o que poseemos. Debemos entrar en la oración como pobres, no como poseedores. Cada vez que nos presentamos ante Dios, nos presentamos como absolutamente pobres. Creo que nuestra oración sufre siempre que no lo hacemos así. Resulta más pesada y va cargada de cosas que la perturban.

Es necesario entrar ante Dios en estado de verdadera pobreza, de despojo, de ausencia de ideas preconcebidas: "Señor, no soy capaz de orar, y si tú permites que yo esté delante de ti en un estado de aridez, de espera, bendeciré esta espera, porque eres demasiado grande para que te pueda comprender. Tú eres el Inmenso, el Infinito, el Eterno, ¿cómo puedo hablar contigo?" Este es el estado que emerge de muchos salmos, modelos auténticos de oración, que deben interiorizarse después.

Comencemos, por tanto, la oración con la puesta a cero de nosotros mismos, que puede exteriorizarse de esta manera: un momento de silencio, arrodillados en adoración, un momento de reverencia, de respeto exterior, que manifiesta nuestra entrada en esta situación, conscientes de que no tenemos nada que llevar y sí mucho que recibir.

Entro en un diálogo en que la palabra me enriquece a mí que soy pobre. Entro, pues, como enfermo que precisa del médico, como pecador que necesita ser justificado, como pobre que ha menester de enriquecerse. "Despidió a los ricos con las manos vacías y derribó a los potentados de sus tronos" (incluidos los poderosos que creen saber orar y haber adquirido esta capacidad).

Volvemos siempre a la situación bautismal del ciego que suplica: "Señor, que vea", que yo pueda comprender, que pueda pronunciar las palabras que el Espíritu me sugiere.

Se requiere un método

Muchos hombres de hoy no aciertan a orar porque carecen de una introducción mínima a las formas y a los ritmos de oración, o bien les domina la pereza o les perturba un clima de distracción. Hay que tener la humildad de prepararse para orar, sin fiarse demasiado de impulsos espontáneos. Se necesita una disciplina del cuerpo. Hay que someter la vida a una regularidad. No se puede conciliar un ritmo sano de oración con la televisión siempre encendida, con la incertidumbre de la hora de levantarse por la mañana, con una gula e intemperancia exagerada. Los educadores deben enseñar a los niños y a los jóvenes los diversos itinerarios corporales y mentales de la oración. Los lugares donde se practica la vida contemplativa estén abiertos a todo el que busca ayuda y guía para una oración más constante y personal.

Yo he ilustrado varias veces el camino de la *lectio divina.* Pero habrá que ampliar y perfeccionar las escuelas, los instrumentos concretos, las indicaciones prácticas para educar al hombre de hoy en una vida de oración seria y regular.

La dimensión contemplativa de la vida

La propuesta de reflexionar sobre la dimensión contemplativa de la vida trata de provocar implícitamente la recuperación de algunas certezas que en los confusos y, sin embargo, fecundos años apenas transcurridos, han sufrido cierto debilitamiento o algún eclipse.

Tales son la importancia religiosa del silencio, el primado en la persona humana del ser sobre el tener, sobre el decir, sobre el hacer; la justa relación persona-comunidad.

Naturalmente, la recuperación de estos valores no puede significar abandono o menosprecio de aquellos que el pasado reciente ha puesto justamente de relieve, como la oración de la comunidad que en coro canta o habla con Dios, la necesidad que a la profesión de fe y a la alabanza siga la coherencia del testimonio y de las obras, la importancia de la dimensión eclesial en todos los ámbitos de la existencia cristiana.

Pero parece llegado el momento de recordar —en vista a un seguimiento de Cristo más intenso y armonioso— que el hábito de la contemplación y del silencio fecunda y enriquece la oración vocal y comunitaria; que no se da acción o compromiso que no brote de la verdad del ser profundo del hombre que ha sido renovado y exaltado en Cristo; que también la conciencia y la libertad de las personas particulares constituyen, con sus convicciones, sus esperanzas y sus propósitos, la autenticidad y el precio de toda existencia asociada en el nombre del Señor.

El silencio...

Si en el comienzo fue la Palabra y por la Palabra de Dios, venida a nosotros, comenzó a realizarse nuestra redención, es claro que, por nuestra parte, al comienzo de la historia personal de salvación, debemos poner el silencio: el silencio que escucha, que acoge, que se deja animar. Efectivamente, a la Palabra que se manifiesta deberán corresponder después nuestras palabras de gratitud, de adoración, de súplica; pero, primero, el silencio.

Si, como sucedió a Zacarías, padre de Juan Bautista, el segundo milagro del Verbo de Dios es el de hacer hablar a los mudos, esto es, el soltar la lengua del hombre terreno, inclinado sobre sí mismo en el canto de las maravillas del Señor, el primero consiste en hacer callar al hombre charlatán y disipado (cf. Lc 1, 20-22).

"La Palabra hizo callar mis charlatanerías": así describe con ruda claridad los inicios de su conversión, Clemente Rebora, espíritu noble de poeta milanés de nuestro tiempo.

Podemos, más bien, decir que la capacidad de vivir un poco del silencio interior delata al verdadero creyente y lo destaca del mundo de la incredulidad.

El hombre que ha echado de sus pensamientos —según los dictámenes de la cultura dominante— al Dios vivo que por sí llena todo espacio, no puede soportar el silencio. Para él, que afirma vivir en los límites de la nada, el silencio es el signo terrífico del vacío. Cualquier ruido por tormentoso y obsesivo que sea, se le hace más agradable; toda palabra, incluso la más insulsa, es la liberación de una pesadilla; todo es preferible a ser puesto implacablemente, cuando toda voz calla, ante el horror de la nada. Toda cháchara, toda queja, todo estruendo son bien aceptados, si de cualquier modo y por cualquier tiempo tratan de distraer la mente del conocimiento espantoso del universo desierto.

El hombre "nuevo" —a quien la fe le ha dado un ojo penetrante, que ve más allá de lo que ocurre en el escenario y la caridad de un corazón capaz de amar al Invisible—sabe que el vacío no existe y que la nada ha sido vencida por la Infinitud divina. Sabe que el universo está poblado de criaturas gozosas; sabe que es espectador y, ya de alguna manera, partícipe de la exultación cósmica, reverberada en el misterio de la luz, del amor y de la felicidad que tiene su hontanar en la vida inagotable del Dios Trino.

Por eso el hombre nuevo, como el Señor Jesús que al alba subía en solitario a las cimas de los montes (cf. Lc 4, 42; 6, 12; 9, 28; Mc 1, 3), aspira a tener para sí algún espacio inmune de todo bullicio alienante, donde sea posible aprestar el oído y percibir algo de la fiesta eterna y de la voz del Padre.

Que nadie, sin embargo, lo entienda mal: el hombre "viejo", que tiene miedo del silencio, y el hombre "nuevo" conviven ordinariamente, y en proporciones diversas, en cada uno de nosotros. Cada uno de nosotros se ve agredido exteriormente por un cúmulo de palabras, sonidos, clamores que ensordecen nuestro día e incluso la noche. Cada uno está asediado interiormente por la algarabía mundana que nos distrae y dispersa con mil futilidades.

En este bullicio, el hombre nuevo que hay en nosotros ha de luchar por asegurar en el cielo de su alma aquel prodigio de un "silencio como de media hora" de que habla el Apocalipsis (8, 1); que sea un silencio verdadero, lleno de la Presencia, transmisor de la Palabra, dispuesto a la escucha y abierto a la comunión.

El silencio es el ejercicio que acompaña a la conciencia de estar bajo la Palabra. Escribía Lazzati: "En el mundo de la prisa, la oración exige tiempo y calma. En el mundo de los ruidos, la oración pide silencio. En el mundo de la distracción, la oración requiere capacidad de recogimiento".

¿Qué quiere decir? Lo primero, que es una garantía de nuestra voluntad de silencio encontrar de vez en cuando el tiempo para retirarnos a la soledad y aislamiento. Sigo manteniendo que, si lo deseamos, es posible guardar gotas de silencio en nuestra experiencia más ajetreada y complicada.

Se tratará de pausas rapidísimas en las cuales uno vuelve a tomar conciencia de sí y mira su entorno, pero que son importantes.

Tratad de pensar en la montaña: por mucho que parezca lisa, no existe pared de montaña que no tenga asideros. De lejos no se ven, pero, al acercarse, se perciben, hasta el punto de que los escaladores saben crearlos metiendo un clavo en una fisura pequeñísima.

Nuestra jornada es un poco parecida: debemos estar atentos a aquellas pausas que nos permiten un mínimo de autoconciencia incluso en las situaciones más tensas. Y, por otra parte, si no tenemos esta capacidad de silencio, no podemos tener autoconciencia y llegamos a ser fatalmente arrastrados por las cosas como autómatas.

...y la escucha

Sin momentos específicos de escucha no se encuentran los instantes de silencio, y estar bajo la Palabra es pura veleidad.

Oigamos una vez más a Lazzati: "Dios nos llama a la existencia mediante su Palabra. Nos hace existir como criaturas, hablándonos. La actitud consecuente por parte de la criatura no puede ser otra que la escucha de esta Palabra, el dejarse llevar por ella, que es la raíz de la vida. Escuchar esta Palabra significa, pues, ser, existir; significa vivir .

La fórmula conclusiva de Lazzati es maravillosa y nos revela toda la verdad de su actitud contemplativa. Había comprendido que escuchar la Palabra significa encontrar momentos conscientes en los que resulta claro que estar bajo la Palabra de Dios es nuestro modo de vivir. Por ello, debemos encontrarlos en todas las ocasiones que la Iglesia nos ofrece, es decir, en los momentos litúrgicos de la proclamación de la Palabra. Debemos encontrarlos en nuestra jornada dedicando diariamente diez o veinte minutos o media hora a escucharla.

La oración es un don que Dios nos ofrece en su Palabra. Con frecuencia nuestra oración se pierde porque no parte de esta realidad, que se queda en un intento inútil de palabras que salen de nosotros. Partir de la escucha de Dios simplifica todo esfuerzo porque es más fácil escuchar que inventar fórmulas de oración. Es más fácil dejarse modelar por el Señor y después responderle que no intentar decirle cosas justas.

Nuestra respuesta a Dios sólo es verdadera si es una palabra que se devuelve a Dios de quien la habíamos recibido.

Por desgracia, el hombre de hoy vive en muchas ocasiones como un autómata. Vive como hecho por otros, sin saber ya qué es lo que realmente quiere. Deberemos, al menos, intentar otra vez no rezar automáticamente y volver a encontrar en la oración la maravilla por la caridad de Dios, imprimiendo así al mundo un sentido de eternidad.

Oración y ser del hombre

Considerada en su naturaleza profunda y en su momento ordinario, la oración no es actividad que se yuxtapone extrínsecamente al hombre: brota del ser, mana y fluye de la realidad de todo hombre.

Podríamos decir que la oración es, de alguna manera, el ser mismo del hombre que se pone en transparencia a la luz de Dios, que se reconoce por lo que es y, reconociéndose, descubre la grandeza de Dios, su santidad, su amor, su voluntad de misericordia, en una palabra, toda su realidad divina y su designio de salvación, tal como se revelan en el Señor Jesús, muerto y resucitado.

Antes que palabra, e incluso antes que pensamiento formulado, la oración es percepción de la realidad que florece inmediatamente en la alabanza, la adoración, la acción de gracias, en la petición de misericordia a aquel que es la fuente del ser.

En esta experiencia global, sintética, espiritualmente concreta, emergen y se configuran como contenidos fundamentales:

— la percepción de la vanidad de las cosas desarraigadas del proyecto de Dios, que se transforma en súplica para ser nosotros mismos salvados de la insidia de lo insignificante y de lo vacío;

— la percepción de la presencia de aquel que es plenitud y que no está ya jamás ausente ni lejano de donde existe algo verdadero;

— la percepción de Cristo vivo en el que toda la creación divina ha sido reasumida y personalizada ("Ubi Christus, ibi regnum", dice san Ambrosio), que funda el reconocimiento y verificación del vínculo de comunión con aquel que es único Señor y Salvador;

— la percepción, en Cristo, de la voluntad del Padre como norma absoluta de vida, de tal modo que la oración no es ya más la pretensión de acomodar la divina voluntad a la nuestra, sino la aspiración constantemente renovada de conformar nuestro deseo al del Padre (cf. Mt 6, 10; 26, 39-42);

— la percepción de la realidad del Espíritu, que mana de toda la vida eclesial, que ora en nosotros (cf. Rm 8, 19-21), hasta convertir la oración en ansia de salir de la soledad y de la clausura del individualismo y urge a abrirnos siempre más al reino de Dios que se va instaurando en los corazones y entre los hombres, es decir, a la Iglesia;

— la percepción de la cruz como victoria sobre el mal que hay en nosotros y fuera de nosotros, que hace de la oración actitud de contestación del pecado, de la injusticia del "mundo", y nostalgia de la Jerusalén celestial donde todo es santo.

La persona, protagonista de toda

oración

Es, sin duda, justo y obligado subrayar la vocación social inscrita en todo acto humano, así como la índole eclesial de toda la vida cristiana. Pero no hay que olvidar que en la fuente de todo está el misterio de la persona, misterio siempre singular y sin parangón.

Aunque constituido en una condición y en una naturaleza que recibe por generación y comparte con todos sus semejantes, el hombre encuentra la primera razón de su grandeza en el hecho de provenir —según el núcleo inconfundible de su ser— inmediatamente del Dios creador, que desde la eternidad lo ha llamado por su nombre. Y también en el hecho de tener que tornar a aquel que al mismo tiempo es su principio y su destino, con una serie de decisiones de las que es plenamente responsable, ya que no está condicionado de forma determinante por ninguna criatura distinta de él.

Como engendrado y alimentado en una comunión universal de vida que es la Iglesia, el cristiano tiene un precio inestimable porque ha sido objeto del amor personal del Padre, que lo ha querido como a un hijo. Ha sido vinculado personalmente a la acción redentora de Cristo, que por él ha derramado su sangre. Es guiado por el Espíritu en la respuesta positiva y personal a la llamada divina a la salvación. Del "nosotros" y sobre el "nosotros" de la Iglesia emerge y se define el "yo" del creyente, el cual se abre al "todo" de la catolicidad.

Así, la oración —también cuando es vocal, litúrgica, o incluso comunitaria— adquiere verdad y valor sólo si encuentra su constante inspiración en el misterio personal y concreto de la adhesión de fe, de esperanza y de caridad que alimenta y caracteriza la vida renovada.

Ante el Padre, que es el manantial de mi vida y de mi meta, ante el drama de un destino que he jugado de una vez por todas, ante los "sí" y los "no" que deciden mi suerte eterna, estoy yo, no el grupo, la clase ni la comunidad. No estoy solo, porque el Espíritu pide en mí, y por mí lo que yo no acierto a pedir, y mi Salvador está a mi lado, me arrastra hacia sí y me comunica sus sentimientos filiales. Pero nadie puede sustituirme en esta empresa.

Aunque viva, decida y ore en una comunidad de hermanos que me sostiene, me reanima y me dilata espiritualmente, soy yo, en definitiva, el que tiene que vivir, correr *-el* riesgo de la decisión y afrontar la aventura difícil y embriagante de la vida de oración.

Pararse a considerar la oración en el preciso momento en que brota silenciosa y secretamente del corazón del hombre, significa, pues, meditar en el misterio mismo de toda oración cristiana. Ya se mantenga callada y solitaria, ya se revista exteriormente de palabras, y que, incluso, se profieran en público; ora alcance la dignidad de la oración litúrgica y se convierta en el canto y la súplica de la Iglesia, toda invocación sincera a Dios encuentra siempre en el ser personal, que antecede y funda toda comunicación extrínseca, su fuente primera y posee en la vida personal de fe, de esperanza y de caridad su alma necesaria e insustituible.